

CRITICA:

“LA MADRE DE LOS CONEJOS”

En su función de estreno, “La Madre de los Conejos” fue todo, menos un éxito.

El tema de los sentimientos de culpabilidad no es nuevo en las obras de Sieveking; tampoco las situaciones extrañas entre hermanos. En su primera obra importante, “Mi Hermano Cristián”, un balazo de Ariel postuló durante años a Cristián, dando el punto de partida a una situación familiar anormal. La solución que el autor dio al conflicto, en aquella oportunidad, fue positiva: Cristián se decide a luchar contra el mal anímico, que es tanto o más grave que su invalidez física.

En “La Madre de los Conejos”, un incesto es el punto de partida del drama, y la solución final es, en lo inmediato, negativa. Podría argüirse, sin embargo, que no hay mal que por bien no venga. Creemos probable que Sieveking utilizó el desenlace para rematar su tesis. Para explicar que, cuando los seres no saben cargar con sus responsabilidades y culpas, no hay solución. El perdón, que la madre se niega a otorgar a su hijo Jaime, es el nudo dramático en este sentido. Pero ese perdón le exigiría a ella cargar con su propia culpa, en vez de transferirla al hijo, en un mecanismo defensivo que, no por obvio, deja de ser real. En otro plano, Sieveking parece indicar que, cuando el ser humano ha perdido la facultad de perdonar, nada bueno puede sobrevenir. Las alusiones al Sputnik, tendrían por objetivo mostrar la paradójica situación del hombre que ha logrado conquistar el espacio, pero no a sí mismo (esta alusión es un tanto forzada).

Dedujimos conclusiones como éstas al leer la obra. Difícilmente lo habríamos hecho a base de la representación del Antonio Varas, en que vimos un melodrama que apenas emocionó en algunas escenas, mientras el destino de los personajes permanecía semiindiferente, sin adquirir mayor sentido.

Hubo, para nosotros, un marcado contraste entre la lectura de la obra y su escenificación. Lo que echamos de menos, en el Antonio Varas, fue la continuidad y creciendo del clima emocional en la vida de aquella familia, cuyos problemas —latentes durante siete años— ahora hacen crisis.

Uno de los méritos de Sieveking, como autor, es saber establecer relaciones emocionales entre sus personajes; una de sus limitaciones principales, encaminar esas relaciones en forma clara para expresar las ideas de fondo. Los actores fallaron en el plano de esas relaciones personales, con lo que se descompuso el mecanismo básico de la pieza. Se quedaron en un plano más bien literal, de acuerdo con los sucesivos parlamentos, pero sólo en escasos momentos dieron la dimensión de los siete años que han vivido en la misma forma y dentro del mismo molde. Falta el sentido cíclico de la vida familiar. Cuando los hermanos pelean, dan la sensación de hacerlo por primera vez; falta la dimensión imperceptible del tiempo.

No pretendemos, en ningún caso, que se trate de una gran obra malograda. “La Madre de los Conejos” nos parece una pieza interesante pero discutible, en que Sieveking aún no alcanza su madurez. Contiene errores evidentes, como valerse de monólogos para la exposición de la Madre y Jaime (comienzo y fin del primer acto), pero éstos y otros defectos habrían sido mucho menos evidentes con una interpretación menos superficial.

Los jóvenes actores (4 eran debutantes) estuvieron manifiestamente nerviosos la noche del estreno, factor que dificulta aún más que de costumbre el espinudo problema de la delimitación de responsabilidades entre director y reparto. Es evidente que su rendimiento mejorará en representaciones futuras, pero imposible predecir si lograrán la chispa emocional que faltó en esta oportunidad.

Valeria Garbarini y Lucho Barahona tuvieron buenos momentos; Sergio Aguirre, en cambio, estuvo muy lejos del personaje que marca el autor: “tímido, sensible, introvertido; se ve como una persona que cree no tener derecho a nada”.

Bélgica Castro tuvo un buen tercer acto, y supo dotar de gran expresividad los momentos más difíciles (muertos), en la crisis de la Madre.

En sus papeles más breves, estuvieron bien los dos “especialistas” del ITUCH: Rubén Sotoconil, no se repite, a pesar de hacer su enésimo “padre humano”, y María del Valle, al hacer otra vez de empleada doméstica, dio sabor a sus cortas intervenciones.

Muy buena la escenografía del debutante Fernando Krahn.

H. EHRMANN

TAP-ROOM